

LA
METAMORFOSIS



FRANZ KAFKA
LA
METAMORFOSIS



La metamorfosis

Título original: *Die Verwandlung*

Autor: Franz Kafka

© MESTAS EDICIONES, S.L.

© Traducción: Mario León Rodríguez

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200 Fax: (54 11) 4308-4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de tapa: Claudia Solari

1^a edición: octubre de 2025

ISBN 978-950-02-1638-8

Impreso en España.

Tirada: 4.000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley nº 11.723).

Kafka, Franz

La metamorfosis / Franz Kafka. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2025.

128 p. ; 19 x 12 cm.

Traducción de: Mario León Rodríguez.

ISBN 978-950-02-1638-8

1. Literatura Checa. 2. Literatura Clásica. I. Rodríguez, Mario León, trad.
II. Título.

CDD 833

INTRODUCCIÓN

La obra de Franz Kafka es una de las más influyentes de la literatura universal y expresa como nadie las incertidumbres y los desequilibrios del hombre de su tiempo. Su peculiar estilo literario —escribía en alemán— ha influenciado a escritores de la talla de Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Albert Camus y Jean-Paul Sartre, entre otros muchos, y está estrechamente asociado con el existencialismo, en el que influyó de manera notable, y con el expresionismo. En sus textos se ven reflejadas con intensidad sus relaciones de carácter personal, en particular las que tuvo con su padre Hermann (*Carta al padre*, 1919), su hermana Ottile (*Cartas a Ottla*), su prometida Felice Bauer (*Cartas a Felice*, 1967) y el resto de su familia (*Cartas a la familia*).

La magnitud y la popularidad de la obra de Kafka se manifiestan en hechos significativos como la extendida utilización del término *kafkiano*, ya arraigado en nuestro idioma, para describir situaciones surrealistas como las que protagonizaban los personajes de sus relatos, y en especial el que tienen ahora entre sus manos. Sus protagonistas se enfrentan a mundos complejos con reglas incomprensibles y fuera de nuestro alcance

y comprensión. Temas como los conflictos entre padres e hijos, la brutalidad física y psíquica, la alienación, las situaciones de terror, las transformaciones espartanas..., son constantes en todos sus escritos: tres novelas inconclusas (*El desaparecido o América*, 1912; *El castillo*, 1922, y *El proceso*, 1925), una novela corta (*La metamorfosis*, 1915), una gran cantidad de interesantes relatos cortos, diarios o escritos autobiográficos y una abundante correspondencia. La mayoría de estas obras fue de publicación póstuma a cargo de su amigo Max Brod, al que hay que reconocerle el acierto de ignorar los deseos de Franz de destruir todos sus manuscritos. Kafka siempre había tenido problemas al afrontar la decisión de publicar sus relatos. Brod, que también era escritor, estaba convencido de las excepcionales cualidades literarias de su amigo y consideraba imprescindible la publicación de toda su obra.

La obra literaria de Kafka parece estar creada a intervalos; en todo caso no se produce de manera continuada en el tiempo; a periodos de intensa creación les siguen letargos prolongados sin fruto alguno. Estos bruscos intervalos creativos parece ser que tienen relación con acontecimientos importantes de su vida y todos en el campo sentimental.

Los acontecimientos vitales a los que se enfrenta en cada momento son los que le sirven de temática para sus creaciones literarias, lo que provoca una unidad sólida y constante entre el autor y su obra. Hay en el plano temporal una relación directa entre lo que vive el autor y lo que escribe en sus relatos. Podemos distinguir cuatro fases creativas diferenciadas a lo largo de su vida, en cuyos intervalos el autor acudía al refugio que le suponían sus cartas y diarios como forma de mantener algún contacto con la literatura.

Nunca hacía borradores detallados de sus relatos, por lo que necesitaba una concentración mayor para escribir que otros escritores. Las molestias que perturbaban su trabajo le irritaban profundamente. Se aferraba a sus costumbres adquiridas y no mostraba ningún tipo de flexibilidad. Su ideal de creación consistía en un único e ininterrumpido acto creativo, realizado en una sola sesión de trabajo. Es decir, pretendía escribir siempre de un tirón. Apenas corregía los textos ni realizaba apuntes. Esta concepción le provocó sin duda grandes dificultades para elaborar textos largos y muy especialmente para escribir novelas, que necesitan de preparación, documentación previa y planificación, para cuya labor no se mostraba muy predisposto. Prueba de ello es que sus tres novelas quedaron sin terminar, como ya comentamos. Cualquier cambio en sus condiciones de vida, aunque no fuera de relevancia, le cortaba su ritmo de producción, y en ocasiones motivaba el fin de una etapa creativa. Necesitaba un silencio absoluto para escribir, por lo que se aficionó a escribir solo por las noches.

La literatura se convirtió para él en un refugio, en una vía de escape, en una especie de sustituto o alternativa a la propia vida, y motivó el absoluto descuido por su carrera legal y sus amistades y relaciones. Un alto precio que estaba dispuesto a pagar. Escribía para sí mismo y carecía de pretensiones literarias de nivel; no se veía como un escritor de masas y tenía miedo a publicar sus textos. Solo escribiendo se encontraba satisfecho y solo a través de sus escritos lograba un cierto equilibrio personal; pretendía sacar al exterior su trastornado mundo interior y liberarse de esta forma de la opresión malsana que le producía. Parece ser que Kafka sufrió trastornos psicológicos a lo largo de su

vida. Él mismo nos habla en sus escritos de «derrumbamiento», «demonios», «soledad», «persecución», «desamparo»... y otras muchas expresiones que nos hacen imaginar una existencia difícil y oscura que le llevó al desamparo y al tormento interior.

En una de sus cartas a Felice, datada el 23 y 24 de noviembre de 1912, el autor le comenta a su prometida en ese momento sobre *La metamorfosis* (*Die Verwandlung*): «Querida, ¡acabo de aparcar un relato verdaderamente nauseabundo para poder recuperarme pensando en ti! Ya he sobrepasado la mitad de la historia y, en términos generales, no estoy descontento aunque resulta infinitamente repugnante. Y como puedes ver, estas cosas salen del mismo corazón en cuyo seno vives y que toleras como hogar. No te pongas triste, pues, quizás cuanto más escriba y más me libere, pueda llegar a ser más puro y más merecedor de ti. Con seguridad, quedan muchas cosas que desarraigas en mí, y las noches no son lo suficientemente largas para esta labor, que además es enormemente apasionada».

«Sería bonito poder leerte este cuento y al mismo tiempo tomarte de la mano, pues es una historia tremebunda. Se titula *La metamorfosis*...».

La obra más popular y reproducida de Franz Kafka nos hace reflexionar sobre el trato que una sociedad opresora y despótica infinge a aquellos que no entran dentro de lo comúnmente aceptado, a aquellos que se muestran a simple vista diferentes a los demás.

El ser desigual al resto queda aislado de la manada, que no hace esfuerzo alguno por comprenderlo y acogerlo en su peculiaridad. Se hace patente el egoísmo humano ante los problemas que solo atañen al prójimo y no a uno mismo.

La historia de *La metamorfosis* es sencilla: Gregor Samsa, un joven de 23 años, mantiene económica-mente a su familia —sus padres y su hermana Grete— trabajando como viajante de comercio. Una mañana se despierta transformado en un espantoso insecto (aparentemente un escarabajo); ha sufrido una meta-morfosis o transformación que le impide seguir con su trabajo. Su familia es la que ahora debe hacerse cargo de su cuidado y su manutención. Surgen los proble-mas, las quejas y la incomprensión de los suyos, que poco a poco se van alejando de él, intentando desha-cerse de sus responsabilidades.

En cada personaje secundario se produce una lucha interna entre la repugnancia que les produce el horro-roso ser en que Gregor se ha convertido y los lazos afec-tivos y familiares. Todo ello se narra en el ambien-te limitado y agobiante de la casa familiar, que com-prende solamente la habitación del protagonista con escasos metros cuadrados, una sala y un comedor. La única relación de Gregor con el exterior son las vistas que le proporciona su pequeña ventana.

Gregor mantiene una doble dependencia de su jefe: primero, porque necesita su salario mensual para la manutención familiar y segundo, porque ha contraído la obligación de trabajar para él para amortizar la deuda que asumió por su padre, cuyo negocio se vio abocado a la bancarrota.

Es el relato más extenso que escribió el autor, a ex-cep-ción de sus tres novelas inacabadas. Empezó su redacción el 17 de noviembre de 1912, pausando para ello una de sus novelas, y tardó unas tres semanas en acabarla, concretamente el 6 de diciembre. Nunca nos deja claro si la transformación se ha producido realmente o si solo está en la mente del protagonista,

jugando así con el lector y empujándolo a tratar de descubrir la verdad. No debemos olvidar que muchos traducen del alemán el título de esta obra como *La transformación*, en lugar de *La metamorfosis*, y motivos tienen para ello.

Kafka situó la obra en un entorno cómodo, la propia residencia familiar. La habitación de Gregor era su propia habitación, y sus vistas coincidían con las que él mismo había podido disfrutar durante su estancia en la casa.

Escritor y abogado de origen judío, Franz Kafka nació el 3 de julio de 1883 en Praga —Imperio Austrohúngaro—, donde pasó la mayor parte de su vida. Era el mayor de seis hijos de los que dos fallecieron a temprana edad. Fue un eterno soltero, incapaz de mantener relación alguna, aunque llegó a comprometerse en tres ocasiones. Su padre, Hermann, tuvo constantes problemas económicos y regenteó un negocio textil; se mostró siempre como un ser autoritario, prepotente y déspota, actitud que marcó significativamente la vida de su débil hijo. Su madre, Julie, sensible, tímida y distante, pertenecía a la burguesía judeoalemana y tenía una educación refinada. Formaron parte de la alta sociedad de Praga. Tras la ocupación nazi sus tres hermanas fueron trasladadas a un gueto y Ottilie (Ottla) al campo de exterminio de Auschwitz, donde fue asesinada en las cámaras de gas. Sus otras dos hermanas perecerían más adelante, también víctimas del abominable Holocausto.

Kafka cursó sus estudios primarios con notas sobre-salientes mientras leía a Nietzsche, Haeckel y Darwin. Empezó a simpatizar con el socialismo y el ateísmo y a interesarse por la historia del arte y las ciencias sociales. Empezó los estudios de Química en la universidad

para pasarse enseguida a los de Historia del Arte y a la Filología, pero los abandonó todos. Su padre lo obligó entonces a estudiar Derecho y terminó por obtener un doctorado en leyes.

Tuvo un activo papel en la organización de actividades literarias y sociales y se relacionó con el teatro, pues ya había decidido emprender sus primeros pasos como escritor.

Empezó a trabajar en los tribunales civiles y penales como pasante sin cobrar minuta alguna. Trabajó en una empresa de seguros, pero dejó su puesto al percatarse de que su trabajo le impedía seguir su vocación literaria. Entró en una empresa semiestatal de seguros contra accidentes de trabajo y en este mundo encuentra el horario asequible necesario solo para poder pagar las facturas, lo que a cambio le permitió dedicarse a la literatura.

Su vida se convierte en un patente conflicto entre poseer la necesaria libertad para escribir sus obras y poder escapar de la soledad que lo agobiaba y lograr una vida familiar independiente. Se convirtió en vegetariano y en su dieta formaban parte importante los frutos secos.

Mantuvo una difícil relación con Felice Bauer, con la que estuvo a punto de casarse en dos ocasiones. La relación dio lugar a más de quinientas cartas.

Estalló la Primera Guerra Mundial y sus problemas de salud, que habían comenzado en su época de estudiante, impidieron que lo movilizaran. La guerra lo obligó a hacerse cargo de la dirección de la fábrica familiar y a abandonar la casa familiar para trasladarse a una habitación de alquiler. Su salud se complica con una tuberculosis pulmonar. En el sanatorio conoce a

Julie Wohryzek, una joven ajena a la burguesía con la que se compromete. Su padre se opone a la relación y Kafka, enfadado, reacciona escribiendo *Carta al padre*, un fuerte ataque contra su progenitor, al que acusa de todos sus males. Este desastroso retrato familiar parece ser que era algo excesivo, en todo caso no era ni justo ni objetivo, pues su padre no era el monstruo que pretendía dibujar el autor ni él la víctima que se imaginaba. Sí estaba decepcionado con la vida por la que su hijo había optado e intentaba imponerle una férrea disciplina como muchos otros padres autoritarios de esa época.

Mantiene una relación sentimental con una joven periodista, Milena Jesenska Polak, casada con un escritor alemán: Ernst Polak. Le propone que abandone a su marido y se traslade a vivir con él, pero ella nunca termina por decidirse.

Consigue una jubilación por enfermedad. Es tiempo de hospitales y sanatorios para el autor. En 1923, durante unas vacaciones, conoce a Dora Diamant, una joven periodista judía que se convertiría en su compañera hasta la muerte, con la que se trasladaría a Berlín para huir de la influencia de su padre y poder escribir con tranquilidad.

Una pulmonía lo obliga a volver al hogar paterno e ingresar en un sanatorio cercano a Viena, su salud empeora y se le diagnostica una tuberculosis de laringe. Fallece el 3 de junio de 1924, un mes antes de cumplir los cuarenta y un años.

Solo un diez por ciento de su extensa obra había sido publicada durante su vida y ello gracias a la persistencia y la capacidad de persuasión de su amigo Max Brod, ya que Kafka tenía una cierta tendencia a

sabotear su propia obra. Una actitud negativa que ponía trabas a cualquier intento de publicación, lo que incluso le indujo a solicitar en su testamento que su obra no saliera a la luz después de su defunción. Años antes le había comentado a Max: «Mi testamento será muy sencillo: te pido que quemes toda mi obra». Su amigo le contestó: «Si me solicitas en serio algo así, te digo desde ya que no pienso cumplir lo que me pides». Esta conversación, entre bromas, le serviría de base a Brod para justificar su decisión de no quemar nada y publicar toda su obra, alegando que debería haber designado a otro ejecutor testamentario si verdaderamente hubiese querido la destrucción de su trabajo literario.

Y entonces llegó el éxito póstumo. Su amigo Brod intervino y todos debemos aplaudir su decisión. En pocos años pasó del casi total ostracismo a la cumbre literaria. Se convirtió en una estrella y su popularidad se extendió por todo el mundo; para muchos incluso es un objeto de culto y para todos un modelo que alumbría la literatura moderna.

El editor

LA METAMORFOSIS

(Die Verwandlung, 1915)



CAPÍTULO I

Cuando una mañana Gregor Samsa despertó de un intranquilo sueño, se encontró en su cama convertido en un insecto monstruoso^[1]. Yacía sobre su dura

[1] Por descripciones posteriores de Gregor en esta obra y por comentarios aparecidos en los diarios de Kafka podemos imaginar que el insecto monstruoso se trata de un escarabajo, concretamente negro. Al final de la historia la asistenta lo describe como si fuese un escarabajo pelotero por los pelos y la suciedad que arrastra consigo.

Los escarabajos son insectos coleópteros, de antenas de nueve articulaciones terminadas en maza, élitros lisos, cuerpo deprimido, con cabeza rombal y dentada por delante, y patas anteriores sin tarsos. Se alimentan de estiércol y con él hacen bolas que arrastran y en su interior depositan sus huevos.

La familia de los escarabajos peloteros comprende un gran número de especies, unas 20.000, que varían enormemente en cuanto a su forma y su tamaño. Su color corporal varía del negro apagado o pardo al rojo, anaranjado o amarillo, pasando por verdes y azules metálicos. Pese a su gran variedad tienen una característica única: las antenas, que poseen de ocho a diez segmentos y terminan en una clava o maza característica formada por entre tres a siete placas planas y móviles que pueden mostrarse separadas o plegadas juntas. En algunas especies el macho tiene cuernos para combatir por las hembras. Se encuentran en una enorme variedad de lugares, incluyendo la madera en descomposición, estiércol, carroña, hongos, flores, vegetación, cortezas y nidos de mamíferos e insectos sociales. Son recicladores; quitan de en medio y entierran grandes cantidades de estiércol. Algunas especies pueden constituir plagas. Sus larvas son blancas y con mandíbulas fuertes. Tienen el cuerpo en forma

espalda en forma de caparazón y, al alzar un poco la cabeza, vio su vientre abombado, marrón, surcado por ásperos arcos callosos, sobre el que casi no se sostenía la colcha, a punto de escurrirse del todo. Numerosas patas, penosamente delgadas en comparación con el grosor normal de sus piernas, se agitaban desamparadas ante sus ojos.

«¿Qué me ha ocurrido?», pensó. No era un sueño. Su habitación, una habitación normal para una persona, aunque algo pequeña, estaba tranquila entre las cuatro paredes que tan bien conocía. Sobre la mesa había desparramado un muestrario de paños —Samsa era viajante de comercio— y de la pared colgaba una estampa que hacía poco había recortado de una revista ilustrada y había colocado en un bonito marco dorado. La estampa mostraba a una dama ataviada con un gorro de pieles y una boa de piel que, muy erguida, esgrimía un grueso manguito, también de piel, que ocultaba todo su antebrazo.

Gregor dirigió su mirada hacia la ventana y el tiempo plomizo —las gotas de lluvia se oían repiquetear en el alféizar— le puso muy melancólico. «¿Qué pasaría si siguiera durmiendo un poco más y olvidara todas las locuras?», pensó; pero era algo absolutamente imposible porque Gregor tenía la costumbre de dormir sobre el lado derecho, y su actual estado no le permitía adoptar esa postura. Por más que se esforzaba

de C y viven en el suelo, el estiércol y la madera descompuesta. Comen detritos y hongos.

El título de este relato, *La metamorfosis*, es también en ocasiones traducido del alemán como *La transformación*. La historia transcurre en unos seis meses —de otoño a primavera— que acontecen desde la transformación inicial hasta el desenlace final, como se deduce de las referencias temporales del texto.

por tumbarse sobre el lado derecho, siempre basculaba quedando otra vez de espaldas. Lo intentó cien veces, cerró los ojos para no tener que ver aquellas patas agitándose y solo cejó cuando empezó a sentir en el costado un dolor ligero y sordo que nunca antes había sentido.

«¡Dios, qué cansadora es la profesión que he elegido!», pensó. «Siempre de viaje. Las preocupaciones del negocio son mucho mayores que cuando se trabaja en casa, y encima están las molestias de los viajes, la atención a los enlaces de los trenes, la comida mala e irregular, las relaciones humanas que cambian constantemente y que nunca llegan a ser verdaderamente cordiales. ¡Al diablo con todo!». Sintió una ligera picazón en la parte superior del vientre; lentamente, se estiró sobre la espalda en dirección a la cabecera de la cama para poder alzar mejor la cabeza; así vio que el sitio que le picaba estaba cubierto de pequeños puntos blancos que no sabía explicar; intentó rascarse con una pata, pero tuvo que retirarla inmediatamente porque el roce le produjo escalofríos.

Volvió a deslizarse a su postura anterior. «Estoy atontado de tanto madrugar», pensó. «Las personas deben dormir lo suficiente. Otros viajantes viven como las mujeres de un harén. Por ejemplo, cuando a media mañana regreso a la fonda para anotar los pedidos, me los encuentro desayunando cómodamente. Si yo hiciese lo mismo, mi jefe me despediría en el acto. Quién sabe, igual me vendría bien. Si no fuese por mis padres, hace ya tiempo que me habría marchado; habría ido a ver al jefe y le habría dicho todo lo que pienso. ¡Se habría caído de espaldas! Tiene una forma rara de sentarse sobre la mesa para, desde esa altura, hablar con el empleado, que, como el jefe es duro de

oído, se le tiene que acercar mucho. Pero todavía no he perdido la esperanza; en cuanto haya reunido el dinero para pagarle lo que le deben mis padres^[2] —dentro de unos cinco o seis años todavía—, me va a oír. De momento, lo que tengo que hacer es levantarme, que mi tren sale a las cinco».

Dirigió la mirada hacia el despertador, que ticataqueaba encima del baúl. «¡Dios bendito!», exclamó para sí. Eran las seis y media, y las manecillas seguían avanzando tranquilamente. Era incluso más tarde, casi las siete menos cuarto. ¿Es que no había sonado el despertador? Desde la cama se veía que estaba puesto para las cuatro, como debía ser; por tanto, seguro que había sonado. Pero ¿era posible seguir durmiendo con aquel campanilleo que hacía estremecer hasta los muebles? Su sueño no había sido tranquilo, pero probablemente fue más profundo. ¿Qué debía hacer ahora? El siguiente tren salía a las siete; para tomarlo tendría que darse muchísima prisa, pero el mestriario todavía no estaba empaquetado y él mismo no se sentía nada descansado ni con ganas de moverse. Además, aunque alcanzase el tren, no podría evitar la bronca del jefe, pues el botones habría estado esperando el tren a las cinco y ya debía haber dado cuenta de su falta. El botones era un esbirro del jefe, sin dignidad ni entendimiento. Y si dijese que estaba enfermo, ¿qué pasaría? Sería penoso y despertaría sospechas, pues Gregor nunca se había puesto enfermo en los cinco años que llevaba empleado. Seguro que el jefe vendría

[2] Gregor, además del vínculo y la relación normal existente entre empresario y empleado, estaba obligado a trabajar para su jefe para poder satisfacer la deuda que su padre había contraído con este cuando su negocio se fue hace años a la bancarrota, lo que lo obligaba a permanecer a su servicio cinco o seis años más hasta liquidarla por completo.

con el médico del Montepío, haría reproches a los padres por la holgazanería del hijo y refutaría cualquier objeción remitiéndose al médico, para quien todas las personas están siempre sanas y solo padecen horror al trabajo. Pero ¿tanto se equivocaría en este caso? Salvo cierta somnolencia, fuera de lugar después de un sueño tan prolongado, Gregor se sentía francamente bien e incluso tenía un hambre voraz.

